

## EL FUEGO DE LOS NIÑOS

Nereida Apaza Mamani  
C.C.U.N.S.A. Arequipa

Manuel Munive Maco  
Investigador independiente  
rupestrecontemporaneo@gmail.com  
Lima-Perú



Escrito está. Instalación de *El Fuego de los Niños* en CCUNSA. 2022.

¿Cómo abordar la muerte y la desaparición de los otros sin lastimar a sus deudos? ¿Cómo expresar nuestra condolencia sincera a los dolientes? ¿Cómo abrazar sin invadir? ¿Cómo conmemorar de todo corazón a nuestros compatriotas desaparecidos sin abrir las heridas de quienes todavía los esperan? Basta un poco de empatía para comprender que no es tan sencillo participar del pesar de los demás, y que intentarlo tiene absoluto sentido, pero requiere de mucho respeto y cautela. Esas interrogantes han pasado también por la cabeza de Nereida Apaza Mamani, y la exposición *El fuego de los niños* constituye el respetuoso y paciente modo en que ella deja en claro que comparte la dolorosa carga de las ausencias repentinas, que ofrece su paciente —y meditativo— oficio de «dibujar» y «decir» bordando,

si es que este sirve para que la pesadilla vivida sobre nuestro suelo no se repita; pero que, sobre todo, recuerda.

Nereida Apaza nació en 1979, de manera que era muy pequeña cuando el Perú se vio remecido por las primeras acometidas del conflicto armado interno. Seguramente consciente de eso, su papá, el profesor Edgar Teodoro Apaza, encontró un incentivo mayor para reunir lo que ahora se nos presenta como una singular hemeroteca que, muchos años después de que falleciera, iba no solo a prolongar su voz preceptora, sino que constituiría un legado para su hija artista, un archivo para conocer y comprender nuestra historia reciente, una fuente de valiosa información textual y fotográfica que en sus manos se convirtió en material de indagación plástica y poética.

El origen de esta exposición surge fundamentalmente de esa gran ruma de periódicos heredada, reunida durante más de treinta años. Por eso tenemos al lado una selección de esas publicaciones amarillentas —*La República*, el *Diario Marka*, *La Voz*, etc.—, mediante las cuales Nereida pudo adentrarse, a veces dolorosamente, debido a la eficacia con la que el material hemerográfico nos transporta al instante y al lugar de los hechos, en ese pasado enhebrado de rostros y nombres, palabras y voces, casi siempre transidas de dolor.

La inmersión en estos papeles también ha sido larga si tenemos en cuenta que las primeras series que integran la muestra se exhibieron por primera vez en 2015. Podemos decir también que con *El fuego de los niños* la artista comparte su lectura de lo acontecido, una «versión de los hechos» articulada a partir de varios conjuntos de cuadros bordados, la mayoría de ellos con imágenes periodísticas rescatadas serigráficamente, así como con instalaciones en las cuales los materiales textuales y fotográficos parecen haber conseguido invocar presencias, como en «Escrito está» (2021), una de las últimas en ser realizadas y que de pronto adquirió el peso de pieza insignia del conjunto: una veintena de camisitas y faldas pueriles de tocuyo, arracimadas y flotantes, sobre las cuales, en una notable «tipografía bordada», algunas frases —casi siempre titulares— extraídas de los periódicos adquieren la severidad de las sentencias. Este espíritu parece haberse desplazado también a sus instalaciones relacionadas con el mundo de la pedagogía, sus «aulas» de clase —un modo de honrar también la profesión paterna—, cuyos «cuadernos bordados», en esta ocasión, consignan también textos que son fruto de su pesquisa en las fuentes informativas del pasado: «La oscuridad», «NN», «Yo pregunto», etc.

Mediante esta exposición colegimos que si bien los diarios evidencian la propensión acumulativa del tiempo lineal, revelan también que existen, al menos, dos temporalidades: la personal y la colectiva. Los periódicos —con su puntillosa consignación de días— demuestran que nuestra biografía íntima se entremezcla, inevitablemente, con la del país en el que nos tocó vivirla y una revisión de sus publicaciones periódicas sirve para reorganizar —a veces abruptamente— nuestra propia memoria.